

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 13 FEBRERO 1897. NÚM. 7.º

EL MOTÍN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntimos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Encarnal, 119, pral.

SUPLEMENTO

He aquí lo que decía el que repartimos gratis en Madrid la mañana del 11.

ADVERTENCIA

Hemos retrasado un día la salida de este número á provincias, por haberse vendido en Madrid toda la tirada que hicimos.

UN RECUERDO

El primer número de EL MOTÍN se publicó el 10 de Abril de 1881. En él escribí:

«Con tristeza lo decimos: jamás partido alguno se ha destrozado con más saña ni fraccionado en más agrupaciones.

¿Y por qué? ¿Por divergencia de principios? No, que todos estamos conformes en lo fundamental. Por mezquinas rivalidades personales, por el afán de ser cada uno el primero, por el desarrollo que toma cada día el cantonalismo individual.

Pero seamos justos; no es el partido el culpable; lo son los diez ó doce hombres que aspiran á dominarlo.

A combatir esa conducta venimos.

El que derriba una catedral sólida y firme para construir con sus materiales pequeñas ermitas, incapaces de resistir á un golpe de viento, ese obraría como nosotros actualmente.

Esto debe concluir. Y esto no es indisciplina; más si lo fuera ¿de quién sería la responsabilidad?

De los que nos dan el ejemplo. Entiéndanse ellos y todos nos entenderemos.»

Hoy que el partido republicano se reúne en toda España para acabar con programas, fracciones y jefaturas, tengo derecho á recordar aquello, y á publicar el siguiente artículo:

MI TRIUNFO

Duro ha sido el camino y larga la jornada, pero al fin he llegado. Me daré un aplauso.

El deseo manifestado en el primer número de EL MOTÍN (11 Abril de 1881), se realizará esta noche: las fracciones republicanas van á fundirse en un gran partido. Las ermitas serán derribadas y con sus materiales se comenzará á alzar la catedral.

No reclamaré mi parte en la construcción, mas no renuncio á la que me corresponde en el derribo.

Me impuse ese deber, y lo he cumplido; deber penoso, rudo y mal juzgado, pero que deja en el ánimo, como todo deber que se cumple, satisfacción y serenidad.

Polvo, escombros, derrumbamientos, víctimas, esto producen los derribos; el obrero se ve sucio, manchado; se desespera unas veces, otras blasfema; algunas da los golpes con tan-

ta furia, que se expone á perecer. Sin embargo, su labor es necesaria.

Permítaseme ufanarme por haber sido uno de esos obreros, si no el mejor, el más tenaz, el más constante. Todo se me podrá discutir ó negar, menos esto: que he trabajado más que ninguno por dejar libre el solar para que el Pueblo edifique.

Muchos de los que hoy se han colocado en la vanguardia del ejército que grita: «¡abajo los programas! ¡abajo las fracciones! ¡abajo los jefes!» me han combatido mucho.

Esto precisamente avalora el triunfo mío; esto es lo que me satisface más; que mis adversarios de ayer sostengan la bandera que he mantenido alzada tantos años. Continúen, sin temor á que les grite: «¡Eh! que estoy yo aquí!»

Imponer la verdad á las multitudes fué siempre tarea ruda; mas cuando no se encamina al propio provecho, ¿qué importa lo que ocurra á la hora del triunfo, ó después?

Terminaron las leyendas, que era lo importante: las había de patriotismo, de desinterés, de evolución, de revolución, de valor cívico, de sacrificios, de suficiencia, de todo, en fin. Impidamos que se forjen otras. ¡Cuesta tanto desarraigarlas!

Próxima la hora en que deben desaparecer, quiero dar las gracias á cuantos no se han apartado de mi lado en esta lucha loca de uno contra todos, y les ofrezco lo único de que hoy dispongo: mi reconocimiento. Me honrará siempre la amistad de los que puedan decirme: «fui lector de EL MOTÍN desde 1890 á 11 de Febrero de 1897.» Porque todo el que esto me diga, ha sentido y pensado como yo, ha creído en mí, y ha despreciado á la cáfila de imbéciles que atribuían mi actitud á otros móviles que á los de allanar los obstáculos que impedían el triunfo de la República.

Lo único que siento mucho es que no sea cierto, siempre y tratándose de cualquiera, esta frase de Zola:

«Cada conquista obtenida sobre el convencionalismo lleva aparejada una gloria; no es grande el que no trae una verdad en sus manos ensangrentadas.»

Si esa afirmación fuese cierta en absoluto, yo sería algo; porque ¡cuidado si salgo con las manos ensangrentadas de esta lucha larga y desigual!

JOSÉ NAKENS

¡LEED, REPUBLICANOS!

Hay que decirlo muy alto, con la franqueza de los hombres honrados, y aunque nos oiga el enemigo.

Si no echamos abajo esas ridículas diferencias que nos separan y que obedecen en parte al amor propio y á la estrechez de ánimo, si no nos fusionamos y confundimos formando un solo partido republicano, estamos perdidos.

¿Cuántos partidos republicanos existían en 1869? Uno sólo, y así se comprende que aquel partido, á pesar de ser naciente, pusiera 70.000 hombres sobre las armas, perturbase el reinado de D. Amadeo hasta hacerlo imposible y preparase el 11 de Febrero. Tras este vino el fraccionamiento, la división en grupos infinitesimales, y como consecuencia, el vergonzoso 3 de Enero y la muerte de la República.

Permanezcamos desunidos é inactivos como después de un pasado glorioso lo estuvieron los republicanos de Italia, y las masas populares, abominando de nosotros por impotentes, se irán al socialismo y tendrán razón.

Sigamos divididos y hostilizándonos entre sí ó agrupados por unión cuyos lazos son fantásticos, y nos veremos como los de Portugal,

sin fuerzas para batir esa reacción jesuítica que también se apodera de España.

Fórmese un partido único, y mientras no venga la República tengamos un santo horror á los adjetivos.

Seamos republicanos y nada más. Fuera apellidos, ya que aquí el apellido ha significado siempre división y lucha de familia. Ni siquiera hagamos uso como distintivo de la palabra revolucionario. Republicano y revolucionario resultan dos palabras, cada una de las cuales hace que sobre la otra. El que es republicano es revolucionario, pues desde que Castelar desapareció de la escena no quedan ya cándidos capaces de creer que con medios legales y pacíficos se conquista la República: todos creen en la explosión popular como único remedio. Y el que es revolucionario es republicano, pues la revolución, empiece donde empiece, é iniciela quien la inicie, forzosamente ha de ir á parar al mismo sitio: la República.

No se nos ocultan los inconvenientes con que hay que luchar para que se realice tan hermoso porvenir.

El principal es el amor propio, la ruín ambición que se resiste á bajar del pedestal.

Estamos tan fraccionados, hay tantos comités, juntas, presidencias, etc., que aquí todos somos algo y nos creemos con credencial de personaje. Somos un ejército en el que todos hemos llegado á oficiales. Y como al constituirse un único partido se han de suprimir muchos puestos honoríficos, bien se puede asegurar que en la resistencia que algunos hagan al partido único, tal vez exista en el fondo algo de despecho personal.

Pero ¡qué demonio!... ¡ánimo! Hay que hacer un esfuerzo, arrojando las charreteras de oficial que á muchos nos puso indebidamente en los hombros el desbarajuste y el fraccionamiento republicano, y recobrar otra vez la mochila y el fusil de simple soldado. La seguridad de que así marchamos á la victoria, bien vale tan ridículo sacrificio.

Hay un refrán que asegura «vale más ser cabeza de ratón que garra de león.»

Este refrán debió inventarlo un ambiciosillo pretencioso, y sólo puede gustar á algún republicano que se proponga estar muy tranquilo en su casa... siendo personaje de comité.

Cuando se sufre por las ideas y se aguantan una tras otra irritantes persecuciones, se piensa de modo muy distinto.

La cabeza del ratón se la come un gato cualquiera; pero siendo uña nada más de un león fuerte y atrevido, se da uno el gusto de derribar y hacer trizas al enemigo por bien plantado que sea.

Y el día en que nos unamos todos los republicanos formando un solo partido, ¡pequeño va á ser el león que le caerá encima á la monarquía!

V. BLASCO IBAÑEZ

EL MEETING

Dice en la convocatoria la Junta Central, que la Unión republicana tiene bases políticas que cree insustituibles, y añade:

«Mas es preciso que digais si ese movimiento de opinión que en las filas de los republicanos se advierte, favorable á la mayor unidad en la organización y dirección de todas las fuerzas republicanas, responde á universales y bien sentidas aspiraciones.

La Junta quiere conocer el espíritu de los republicanos y les consulta, no para provocar votaciones que son imposibles en las grandes Asambleas como esta á que os invitamos, sino para recoger las impresiones dominantes é inspirarse en ellas.

Apresuráos, pues, correligionarios, á cumplir estos deberes.

Después cumplirá los suyos la Junta Central de Unión Republicana.»

Lo de *insustituibles* prejuzga ya la cuestión, mas no debemos darle gran importancia á esa palabra antidemocrática.

Lo de que la Junta Central cumplirá con su deber después de oír al Pueblo, es vago é indeterminado, y hay que obligar á los de la Unión á aclararlo y concretarlo en el *meeting*. Nada de nebulosidades; claridad ante todo.

Con arreglo á esa convocatoria, ningun individuo de la Junta Central debe usar de la palabra. No se ha convocado el *meeting* para eso, si no para que el Pueblo manifieste lo que desea. Ellos no van allí más que á *conocer el espíritu de los republicanos, y á recoger las impresiones dominantes, para inspirarse en ellas.*

Esto no quiere decir que, tratándose de una reunión democrática, deba negarse la palabra al que la pida; pero entiéndase que el Pueblo es el primero que tiene derecho á usar de ella, puesto que se celebra el *meeting* con el *exclusivo* objeto de conocer su opinión.

Hay que impedir que el *meeting* se convierta en una función de gran espectáculo á beneficio de los oradores de la Junta de esa Unión silbada ya por la opinión republicana.

LOS PRESTIGIOS

¿Quién pretende atentar á ellos? Nadie. Es una vulgaridad decirlo. El republicano que vale, vale por él, no por el cargo que ocupa. Menguada idea tendría de sí mismo el que creyera que su prestigio iba anejo al cargo.

Suponer que los jefes perderán su prestigio el día que dejen de serlo, sería ofenderles, declarar que nada valen por sí propios.

Y en último caso, ¿merecen realmente el prestigio de que gozan? Pues debemos despojarlos de las jefaturas, para evitar que lo pierdan. ¿No lo merecen? Pues quitémoselas, para que no sigan estafando á la opinión.

No confundamos los prestigios con las jefaturas. Son cosas enteramente distintas.

LOS PROGRAMAS

Que no se asusten los timoratos. No se perderá ni un sólo principio democrático, ni revolucionario, ni de orden, porque los programas que han mantenido las fracciones se encierran bajo siete llaves; como no se pierden ni valen menos los brillantes porque se desmonten del aderezo.

Guarde cada cual sus principios en el rincón más preciado de su espíritu ó de su corazón, (á la verdad ignoro dónde hay que guardar los principios), cual se guardan los tesoros cuando hay peligro en mostrarlos; que pasado éste, ocasiones habrá de exhibirlos al público, que bendecirá y aclamará á sus fieles guardadores.

Que el culto á los programas sólo ha servido para convertir en enemigos á los que debemos ser hermanos, al alcance de todos está. Archivémoslos mientras no llega la oportunidad de aplicarlos.

LAS FRACCIONES

Todo acaba en el mundo, hasta los organismos que sólo sirvieron para perturbar y extender credenciales de personajes á las medianías.

Resignense, por lo tanto, las fracciones republicanas á rendir su tributo á la Parca fiera, transformándose, por ley ineludible, en un organismo nuevo y poderoso que realice lo que ellas no pudieron.

Agrupados sus átomos, formarán las moléculas que han de entrar en la composición del vigoroso cuerpo que se llamará Fusión Republicana.

LOS JEFES

No debe negarles sus méritos, ni desconocer sus servicios; mas si, por la costumbre adquirida, trataran de imponérsele, debe el Pueblo decirles, como sabe hacerlo las pocas veces que se decide:

«El amo soy yo, puesto que doy mi sangre para el triunfo y mi voto para el cargo; y de que lo soy no cabe duda, cuando me habéis congregado aquí para que me digne trazaros el camino que debéis seguir. Y como, cansado ya de torpezas y mistificaciones, he recobrado la soberanía que nunca debí delegar en la forma absoluta que lo he hecho, estoy resuelto á que impere ya mi voluntad. Bastante tiempo os he permitido hacer la vuestra, escudándoos con mi nombre. Agradecedme que no os pida cuentas, y acatad la mía.»

De esta manera debe contestar el Pueblo á los que hoy le consultan, y que son los mismos que por tanto tiempo han desoído sus clamores y despreciado sus súplicas; y obrar en todo de tal manera, que salgan del *meeting* enaltecidos como ciudadanos, pero muertos como jefes.

EL RETRAIMIENTO

A él debemos en gran parte el movimiento de fusión iniciado, y el que los jefes hayan oído por fin los clamores de la opinión.

Si llegan á ir al Congreso, hubieran creído cumplir con su deber pronunciando grandilocuentes pero inofensivos discursos, y no habríamos salido nunca de la situación bochornosa en que estábamos.

Tengámoslo hoy presente por si alguien se atreviese á indicar en el *meeting* la conveniencia de salir del retraimiento para combatir á la monarquía *con todas las armas y en todos los terrenos*, frase que se trata tímidamente de poner ahora en moda.

Una vez que el Pueblo haya recogido sus poderes á los jefes, decidirá lo que le acomode. Hasta tanto, continúe el retraimiento.

LA INDISCIPLINA

Debemos acabar esta noche con ella, mas perdonando á los indisciplinados, ya que, al parecer, se han arrepentido sometiéndose al fallo de su jefe, el Pueblo.

Lo que á éste le toca ahora, es no volver á colocarlos en condiciones de que puedan, ni como jefes, ni como miembros del organismo que se forme, volver á las andadas.

Porque, á despecho de cuanto se ha dicho, los únicos indisciplinados aquí han sido los jefes; habiendo resultado un verdadero sarcasmo el que, imitando á Martínez Campos, hayan predicado la disciplina después de sublevarse.

QUÉ DERE CAER

Los programas, las fracciones y las jefaturas. Si acaba el *meeting* y siguen en pié, continuaremos impotentes para realizar nada de lo que al bien de la patria interesa.

Por esto, de lo que hoy se trata no es de discutir ideas, sino de acabar con *programas, fracciones y jefaturas.*

QUÉ DEBE HACERSE

No va esta noche al *meeting* el partido republicano, (no debe ir al menos) á hacer la fusión; va á destruir, no á edificar. Por aquí podría venir el empastelamiento.

Va (ó debe ir), á pedir la dimisión á la Junta de Unión republicana, ó á licenciarla si no la presenta.

Acaso contesten los señores de la Junta Central, que sólo pueden presentar su dimisión á la Asamblea que nombró la Junta mixta (ya disuelta), por la que fueron nombrados;

tiquismiquis de trámite que tantas resoluciones viriles y honradas ha impedido.

En este caso, habría que preguntarles porqué no han consultado á la Asamblea antes de convocar al *meeting*. Y ponerles este dilema: «Si el Pueblo diera por acabada la Unión esta noche, y después las Asambleas acordasen que continuara, ¿qué opinión seguirían? ¿La de la Asamblea ó la del Pueblo?»

Más aún; si, lo que no es posible, el Pueblo se pronunciase en favor de la Unión tal cual se halla constituida, ¿no se apoyarían en él para continuar manteniéndola sin consultar á la Asamblea?

Pues haya lógica.

¡ALERTA!

Hay que estar muy prevenidos contra los que, combatiendo la fusión hasta hoy, aparecen súbitamente partidarios de ella; que es corriente en política aceptar lo que no puede evitarse á reserva de trabajar luego en contra.

¿Qué ha pasado con las reformas democráticas en España? Que como las aceptaron los conservadores cuando ya no podían pasar por otro punto, las han desvirtuado hasta el extremo de que no responden á la idea que presidió al implantarlas.

Cosa igual ocurrió el 73 con los radicales que aceptaron la República. Como fué á la fuerza, trataron de derribarla á los dos meses.

Y tal nos podría acontecer si, alborozados porque la Junta Central aceptase la fusión, le diéramos facultades para organizarla.

Esto no quiere decir que vayamos ninguno al *meeting* con prejuicios contra nadie; sino que sea la razón, no el sentimiento, quien regule nuestra actitud; y, fija la mirada en el porvenir, trabajemos por el presente *sin olvidar* el pasado.

Atendamos, no tanto á las palabras, como á quien las pronuncia. Por no seguir esta conducta hemos sido tantas veces engañados durante los 23 años últimos.

LA ÚLTIMA CARTA

Que lo entienda bien el Pueblo. Si esta noche, por simpatías hacia éste ó aquél, por entusiasmos irreflexivos ante frases estudiadas, por temor á perturbaciones salvadoras no acaba con la farsa de los programas que sostienen las fracciones, y con las fracciones que sostienen los jefes, que no se queje luego de lo que vendrá indefectiblemente: la anulación por mucho tiempo del partido republicano como factor digno de tomarse en cuenta en la política española.

Porque ya no se podría echar á los jefes la culpa de cuanto ocurriera, y habría que reconocer que la tenía entera el Pueblo.

RESUMIENDO

¡ABAJO LOS PROGRAMAS!
¡ABAJO LAS FRACCIONES!
¡ABAJO LOS JEFES!

EL ÚNICO PROGRAMA, TRAER LA REPÚBLICA
LA ÚNICA FRACCIÓN, EL PARTIDO DE TODOS
EL ÚNICO JEFE, LA DEMOCRACIA

ÚLTIMA HORA

Una Comisión nombrada por un grupo numeroso se ha presentado á los organizadores del *meeting*, pidiéndoles un turno para hablar.

Habiéndole sido negado, cabe preguntar:

«¿Se ha preparado el *meeting* para que la Junta Central diga lo que piensa, ó para que lo haga el Pueblo? ¿Por qué se le convoca para que diga lo que piensa y quiere, y se le niega después el medio de hacerlo?»

Llamo la atención sobre esto, y creo que este punto debe tratarse á primera hora.

DESPUÉS DEL MEETING
EL ACTO

Estaba por no hablar de él. Ha sido una gran vergüenza. Lo mismo para la mayoría de los oradores, que para el pueblo. Para este sobre todo. Su actitud daba asco.

En primer lugar, y sin meterme en calcular cuántos estábamos, diré que había en el Circo sitio desocupado para unos dos mil espectadores más.

En segundo, que los oradores (excepción hecha de Esquerdo, como en otro lugar digo, y de Muro, que se declaró resueltamente partidario de la fusión), ejercieron de cucos, incluso Salmerón; quedando, por lo tanto, en disponibilidad de seguir en la Unión, si continúa, ó en la fusión, si viene.

Y tercero, que el pueblo que concurrió no supo, en su mayoría, lo que aplaudió, ni lo que censuró; siendo tan ignorante ó tan cobarde, que permitió que Salmerón lo insultase, sin tener un arranque ni aun de esos que la dignidad más vulgar impone.

¿Estaba Salmerón en el secreto de la clase de gente que asistía? Tal vez. Cerca de mí estaban unos filósofos de blusa y gorra que le aplaudían á riabi y trataban de que callásemos los que protestábamos.

Porque, he de confesarlo; yo era uno de los que, contra mi costumbre, protestaba en alta voz. Nunca me he sentido tan indignado. ¿Por lo que Salmerón decía? No. Porque el pueblo se lo toleraba. ¡Un pueblo que lo insultan, y aplauden! O es imbecil, ó degenerado, ó no cree en nada, ó no piensa nada; y en cualquier caso de estos, nada merece.

Hoy, por falta de tiempo, me veo obligado á esbozar las ideas; ya las desarrollaré en números sucesivos. Pero si diré que los republicanos de provincias no tolerarían que se les insultase como á los de Madrid. No, y mil veces no.

Y no se me hable de prudencia, ni de respeto á Salmerón. Lo que hicieron muchos, lo mismo callando que aplaudiendo, fué una verdadera indignidad. Se olvidaron, no ya de que eran republicanos y demócratas; hasta de que eran españoles, hasta de que eran hombres.

SIGO MI CAMINO

Creí que había llegado la hora de descansar en esta lucha tan larga. Me he equivocado, y lo siento.

Desde hoy arrearé en mi campaña contra jefes y fracciones y programas, especialmente contra el señor Salmerón, por haber adquirido el jueves este convencimiento: «Si ese hombre vuelve á estar al frente de la República, la pierde de nuevo.»

Creía que los años le habrían enseñado algo; no; está como el 73; imposible para gobernar.

Que no tiene valor para los trances difíciles, lo sabemos desde el 3 de Enero; que pierde hasta el sentido común á ratos, lo demostró protestando en papel sellado ante el Supremo contra el golpe de Pavia; que es perpétuo indisciplinado, hartó lo dice su conducta con Pi, con Castelar y con Ruiz Zorrilla; que odia y desprecia al pueblo, ya lo sabemos algunos, pero nadie lo dudará después del meeting; que sólo piensa en las clases conservadoras, que maldito el caso que le hacen, sabido por todos es.

¿Y vamos á poner en un hombre de esas condiciones la República el día que venga? No, y no.

Alguna vez, en mi afán de que la fusión se hiciera, lo he halagado. Hoy me arrepiento. El hombre que hace lo que él hizo el jueves, ni sabe lo que es política, ni sirve para gobernar.

La soberbia es una cualidad hermosa cuando se hace la unidad alemana y se ostenta ante la Europa entera; no cuando se aplica á insultar á unos ciudadanos de quienes se sabe que no han tomado aun la higiénica costumbre de escupir sobre los que explotan su buena fe ó abusan de su ignorancia.

HEROISMO TEATRAL

Hay quien elogia á Salmerón por lo que llama su valentía frente al pueblo.

Como ya he dicho varias veces, el valor no suele ser en muchos hombres más que un hábil cálculo sobre la cobardía de los demás.

Pero aun suponiendo que realmente hubiese existido tal valor, ¿qué probaría? Que el Sr. Salmerón sabía el terreno que pisaba, y que unos por prudentes, otros por idólatras, y otros por necios, ningún republicano habría de traspasar ciertos límites.

Cosa bien diferente hizo el 3 de Enero. Allí fué donde debió adoptar actitud serena, creerse ante el peligro, sonreír ante el número.

Allí pudo aparecer con la magnificencia del hombre viril que afronta la tempestad, la hermosura del

tribuno que se juega la vida, la energía del que está dispuesto á sacrificarse en aras del deber.

Ya hacerlo allí, hubiera salvado la patria, ó dejado un nombre glorioso á la posteridad.

Mientras que al hacerlo en el meeting, sólo demostró que se pinta solo para adoptar las actitudes enérgicas de los tiranos de tragedia en el teatro. Saben que no corren ningún peligro real, y exageran las manifestaciones del valor.

EL PUEBLO

Lo que temí y manifesté en el Suplemento del día 11, se realizó por fin: el pueblo no fué oído en el meeting.

Hicieron bien los de la Unión republicana; ¿para qué conceder la palabra al que tolera que lo insulten, siendo el más fuerte?

Tal vez nos haya ahorrado eso una vergüenza más: la de que hubiera pedido perdón por los insultos que había recibido.

Y aquí una observación: ¿Es el pueblo cuál lo pintó el Sr. Salmerón?

Pues el hombre que blasona de justo, como él, no solicita votos de un pueblo así. Se rebajaría aceptando la representación de cobardes é ignorantes.

De creer es, en vista de la opinión que del pueblo tiene, que no vuelva á solicitar sus votos, ó que los rechace, si espontáneamente se los ofrece.

Y cuenta con que no censuraría al exabogado de doña Isabel II si me digera que él había juzgado al pueblo por los individuos que acudieron al Circo de Colón el jueves; quizá le diera la razón.

¡ABAJO LOS JEFES!

Uno de los argumentos del Sr. Salmerón para demostrar que la opinión de los concurrentes al meeting apenas debía ser tomada en cuenta, fué que no estaban en el Circo los 27.000 electores que votaron en Madrid la candidatura republicana.

Lo acepto, para preguntar: ¿Qué habéis hecho de ellos, vosotros sus elegidos, que ya no acuden siquiera á donde habláis? ¿Qué conducta no habréis seguido para encerrarlos en sus casas? La mayor condenación de los jefes y charlatanes adyacentes, está en eso: en que, contando con entusiasmos y energías, las han matado.

Por eso hay que gritar hasta que no quede ni uno sólo en pie: ¡Abajo los jefes!

Y ¿cómo no decir, ¡abajo los jefes! cuando el más caracterizado, el Sr. Salmerón, ha confesado en el meeting que no contábamos con fuerza alguna para traer la República?

Hacer esa confesión á los 24 años de haber caído, ¿no es la condenación más terrible de esas jefaturas que nada han hecho, ó porque no han podido, ó porque no han querido? ¿Qué más prueba de impotencia y de incapacidad? ¿Qué argumento más poderosos para acabar con ellos?

Nos ha ocurrido en esto lo que á los franceses el 70. Creían que estaban bien preparados y no tenían fusiles; que contaban con generales y se encontraron con rancheros; en fin, que sólo tenían soldados. Así les salió la campaña.

¿Y pregunta todavía ese hombre qué queremos decir al decir ¡abajo los jefes! Pues que acaben la mentira, el desconcierto; que se le quite la dirección de los partidos á hombres que nos tienen á los republicanos, después de un cuarto de siglo, sin organización, sin armas, sin alianzas, sufriendo las burlas de los monárquicos y convertidos muchos en rebaño de corderos.

¿Y pregunta todavía ese hombre qué queremos decir al decir ¡abajo los jefes! Pues que acaben la mentira, el desconcierto; que se le quite la dirección de los partidos á hombres que nos tienen á los republicanos, después de un cuarto de siglo, sin organización, sin armas, sin alianzas, sufriendo las burlas de los monárquicos y convertidos muchos en rebaño de corderos.

¿Y pregunta todavía ese hombre qué queremos decir al decir ¡abajo los jefes! Pues que acaben la mentira, el desconcierto; que se le quite la dirección de los partidos á hombres que nos tienen á los republicanos, después de un cuarto de siglo, sin organización, sin armas, sin alianzas, sufriendo las burlas de los monárquicos y convertidos muchos en rebaño de corderos.

¿Y pregunta todavía ese hombre qué queremos decir al decir ¡abajo los jefes! Pues que acaben la mentira, el desconcierto; que se le quite la dirección de los partidos á hombres que nos tienen á los republicanos, después de un cuarto de siglo, sin organización, sin armas, sin alianzas, sufriendo las burlas de los monárquicos y convertidos muchos en rebaño de corderos.

CONTESTACION

¿Qué se quiere decir, al decir ¡abajo los jefes! preguntaba el Sr. Salmerón.

¿Qué se quiere decir? Que acabe el monopolio de la democracia.

Que se tiren de los pedestales las figurillas que el entusiasmo popular elevó y la costumbre mantiene. Que no continúe el pueblo supeditado á la voluntad de hombres que para nada le sirven.

Que terminen las farsas ridículas de esas repúblicas en miniatura, que es en suma á lo que se reduce cada partido.

Que desaparezcan los endiosados inútiles, los políticos incapaces, los republicanos de derecho divino, para ver si, una vez convertidos en simples ciudadanos, contribuyen á la venida de la República que como tales jefes han impedido.

Y conste que el atacar á los jefes no es con el propósito que lo hizo el Sr. Salmerón al minar el terreno á Pi, y luego á Castelar, y más tarde á Ruiz Zorrilla

proclamarse jefe él. No; los que como yo piensan quieren echar abajo á los jefes con el exclusivo objeto de que venga la República, lo cual no es posible con ellos.

¿Se ha enterado el Sr. Salmerón?

EL HOMBRE-CONTRADICCIÓN

Somos imbeciles los republicanos, muy imbeciles. ¿Cómo, si no, hubiéramos consentido que se levantara de su bochornosa caída del 3 de Enero esa contradicción viviente que se llama Salmerón?

Dijo en Vigo el 12 de Septiembre de 1886:

«Para renunciar á los procedimientos de fuerza necesitamos obtener el reconocimiento de los derechos individuales, el sufragio universal sin mixtificaciones, como expresión de la voluntad del pueblo, y, por último, el reconocimiento de la soberanía de la nación, siendo ésta la única fuente de los poderes y dependiendo de ella la determinación de las instituciones fundamentales.

No basta que estos derechos estén escritos en las leyes y en las constituciones, sino que es necesario practicarlos y respetarlos severamente; mientras así no sea, estará detentada la soberanía de la nación y justificado en este caso el derecho de fuerza.»

Después de excitar de este modo claro y terminante á la revolución, todos sabemos lo que hizo á los seis días; condenarla, manifestándose dolorosamente sorprendido de los sucesos del 19.

En la inauguración del círculo centralista allá por Febrero del 92, dijo «que la unión de todas las fuerzas republicanas no se podía realizar».—A pesar de esto, en Abril la predicó en Gracia para salir diputado.

Dijo además, que en las fuerzas republicanas la calidad es lo que pesa y vale.—Y trabajó como un héroe por reunir cantidad bastante de votos, fuesen de quien fuesen, que valieran y pesaran en la elección.

Añadió que si algún centralista entendía que se debía trabajar por la unión de todos los republicanos, el deber que se imponía el que tal pensase era el de no llevar esa idea fuera del centro. Si otra cosa hiciese, faltaría, incluso á su propio honor.—Y él ha llevado fuera del centro esa idea.

Y llegó hasta á decir, que si el partido centralista acordaba realizar la Unión, él no se encargaría de representarlo.—Y se ha desgañitado después pidiéndola en todos los tonos.

Y yo pregunto: ¿Se puede ir seguro á ninguna parte con un hombre así?

BAGAJE POLÍTICO DE UN FILÓSOFO

Los que vienen asegurando que el Sr. Salmerón nada lleva á donde quiera que vaya, sufrieron la noche del jueves un solemne mentis.

Adonde quiera que va el Sr. Salmerón, lleva una soberbia que le obliga á deprimir todo lo que está sobre él, en primer término al pueblo.

Una envidia que le ordena imperiosamente minar el terreno á todo el que sospecha que puede hacerle competencia en algo.

Una codicia de mando y predominio, que le hace preferir el triunfo del contrario al éxito del amigo.

Lleva el obstáculo, el entorpecimiento, la dificultad, la rémora, la discordia; todo lo que impide la realización de aquello mismo que aparenta defender.

Lleva el efecto teatral, la frase estudiada; lo que se admira, pero que no conmueve ni apasiona.

Lleva la segunda intención; no esa que es necesario á veces usar en las lides políticas para mejor asegurar el triunfo; si no la otra, la pequeña, la que clava un puñal en la espalda del que da un abrazo.

Y lo más censurable es que envuelve todo eso en palabras que no deberían ser profanadas; el derecho, el deber, la dignidad, la conciencia, la justicia.

¿Y á un hombre que lleva todo eso se le dice que no lleva nada?

¡Oh, eterna injusticia de los partidos! ¡Oh, pasión insaciable de la política! Sólo vosotras podríais atreveros á decir de un hombre como Salmerón que no lleva nada á donde va.

¡CRIMINALES!

Pues qué es un crimen sublevarse en estos momentos, según acaba de decir el gran filósofo que cayó del gobierno por no aplicar la pena de muerte para restablecer la disciplina del ejército é impedir así el triunfo del carlismo, sin perjuicio de apoyar á Castelar que subió patrióticamente á aplicarla hay que advertir de su error á los incautos. Por lo tanto:

Legiones de republicanos dispuestas á la lucha, y que buscáis en la esperanza las energías que no pueden daros el recuerdo...

Ya sabéis por boca del que no supo morir en su

puesto el 3 de Enero, porque sin duda se reservaba para insultaros en *el meeting*, que no sois nada, ni valéis nada, ni servís para nada.

Huérfanos y viudas de los que se sacrificaron por la República, y que padecéis hambre y frío...

Desfilad por delante de la lujosa casa del Sr. Salmerón, para que se afirme en la idea de que son unos necios los que por la causa republicana se sacrifican.

Los que en la emigración sufristeis las nostalgias del cielo patrio, las privaciones del desvalido y las amarguras del ausente...

Felicidad al Sr. Salmerón, que conforta vuestro espíritu con palabras de anatema.

Ilustres restos del heroico Villacampa, de Manguado, de Ferrandiz, de Vellés, de Cebrian, de los Sargentos de Santo Domingo...

Agitáos de vergüenza en vuestra honrada losa, como criminales que fuistéis.

LA NOTA DIGNA

La dió en *el meeting* el Sr. Esquerdo, no encendiendo las dos consabidas velas.

Partidario de la continuación de las fracciones, lo dijo con toda claridad, aun sabiendo cuando habló que no era aquella la idea simpática.

Este fué valor cívico, no el del Sr. Salmerón, que al verse perdido se declaró partidario del partido único para obtener un aplauso.

Creo que el Sr. Esquerdo se equivoca; mas esto no ha de impedirme reconocer y declarar que tuvo el raro valor de jugarse la popularidad por sostener su criterio.

Y esto es siempre honrado y respetable.

HOMBRES DE ESCAPARATE

Hay joyerías lujosas, en que el escaparate es una maravilla de riqueza y buen gusto.

Párase el transeunte admirado ante él, y se estasia contemplando las joyas. Esta ¡qué delicada!, aquella ¡qué rica!, y todas ¡qué brillantes!

A juzgar por lo que ve, la fortuna de cien Cresos no bastaría para comprar lo que la tienda contiene.

Entra, y ¡oh desencanto! encuentra los estantes vacíos ó llenos de joyas de escaso valor, mal gusto, falsas en su mayoría. ¡Toda la fortuna del dueño, todo el surtido del almacén estaba en el escaparate!

Así es Salmerón. Mucha magnificencia, gran riqueza oratoria en el escaparate; y dentro, en el cerebro, ideas falsas y contradictorias.

De ahí sus caídas espantosas; sus inconcebibles inconsecuencias; la contradicción constante en que ha vivido y vive.

Si tuviera el talento que da á entender hablando, habría comprendido anteanoche que los tiempos han cambiado; que no hay elocuencia comparable con la verdad, y que á los hombres políticos se les juzga ya, más por lo que hacen que por lo que dicen.

Habría visto que la magia del nombre no produce ya el efecto que otras veces, y que la influencia se avalora por los merecimientos y los sacrificios, antes que por los períodos rotundos y la frase correcta.

Y habría reconocido, en suma, que ciertas palabras en su boca, que tantas antitéticas ha pronunciado, producen igual impresión que el rico manto de púrpura cubriendo un esqueleto.

LA VERDAD CLARA

En ocasión parecida á la presente (Noviembre de 1889,) el Sr. Salmerón fustigó á la masa republicana (porque para esto sí que es consecuente excepto en los períodos electorales). Y hubo quien le dijo:

«Aun suponiendo que el marasmo de la opinión fuese tan desconsolador y lamentable, aun suponiendo que las masas hubiesen caído en la atonía mortal de las grandes decadencias, los hombres que por su talento, su historia ó su fuerza de carácter están al frente de las muchedumbres, lejos de limitarse á señalar la existencia del mal y á describir con pasmosa elocuencia sus aterradores síntomas, debían creerse obligados á dar esas muestras de energía extraordinaria, de valor indomable y de aliento sobrehumano á que jamás dejan de responder los pueblos con su admiración, su adhesión entusiasta, y hasta con su sangre.

Al enfermo se le conforta, no se le desalienta; al débil se le anima, no se le acobarda; al postrado se le enardece, no se le ahiquila. No se mostraría hábil general quien antes de comenzar la batalla dirigiese á sus soldados una arenga pintándoles los horrores del combate, la probabilidad de una muerte desastrosa, el sufrimiento

que causan las heridas y la infundidad de tantos y tan dolorosos sacrificios.»

Todo eso es razonable y lógico, mas por lo mismo jamás lo harán los hombres que, como el Sr. Salmerón, han realizado bajo la monarquía lo que no consiguieron bajo la República, y temen que venga ésta á perturbarlos en la marcha que han emprendido.

Porque hay ya que decirlo claro: el que tiene la cama hecha no se acuerda de los que duermen en el suelo.

Salvo rarísimas excepciones.

CONVULSIONES DE LA AGONÍA

El *meeting* ha sido el último desesperado esfuerzo de la Unión republicana; próxima á morir, ha querido llamar por el escándalo la atención sobre ella.

No le valdrá. ¿Qué ha de valerle? Sería preciso para esto que todos los republicanos de España fuesen como los de Madrid; (se entiende, los que aplaudieron á quien les daba de puntapiés, no los que protestaron, ni los que, en el hecho de no acudir, demuestran que tienen en poco ese engendro de Unión.

Mas como no es así, como hay republicanos que en nada se parecen á aquellos, pronto acabará la comedia de una Unión que ni ha sabido organizar fuerzas, ni buscarlas, ni aunar voluntades; que ha vivido en continua rejería, y que el primer acto público que ha celebrado ha sido ese *meeting* donde se ha evidenciado que nacionales, federales, progresistas y centralistas son cuatro fracciones distintas y un galimatías verdadero.

Aguardemos á que, como vulgarmente se dice, no queden ni los rabos, que será en breve, y á ver si el pueblo se impone de una vez á santos, santones y santirulicos.

De lo contrario, lo repito: antes de seis meses el partido republicano habrá pasado á la historia.

REMEDIO INFALIBLE

¿Quieres, pueblo, hallarlo en parte para tus males? Proscribe de tu seno á todo el que, no siendo de asuntos técnicos, te hable más de veinte minutos seguidos.

Los charlatanes de frase sublime, lo mismo que los que redondean períodos plagados de lugares comunes ó vaciedades, son tus mayores enemigos, porque te ofuscan, te arrastran y acaban todos por engañarte.

Fíjate en los anunciadores de drogas y específicos: mientras menos vale lo que venden, más se desgañitan.

Platón quería coronar de flores á los poetas de su patria, y desterrarlos después.

Tú no debes llegar á tanto con los oradores: con no ir á escucharlos ó silbar al que se exceda, resolverás la cuestión.

Fíjate en esto, que es muy importante.

CARTA LEÍDA

A los Señores de la Mesa presidencial del *meeting* de esta noche; y por su mediación—debidamente rogada—á los Sres. de la Junta Central de Unión Republicana.

Correligionarios de mi distinguida consideración. ¿Queréis escuchar un estruendoso aplauso, que, partiendo de Madrid, resuene en todos los ámbitos de España?

¿Queréis que vuestros nombres se pronuncien con devoción, respeto y gratitud, por millares de labios republicanos, que os tributen justísimos honores?

¿Queréis trocar en benévolo y cariñoso impulso lo que comienza á ser movimiento de desvío, de impopularidad y de censura?

Pues fijad con atención los ojos y oídos. Ved y oid lo que se hace y se pretende, y demostrad vuestro respeto y adhesión al pueblo republicano; sin dar lugar á que se canse de pedir lo que pudo ordenar y ejecutar con plenitud de facultades á fuer de soberano.

Me refiero á la disolución y pronto término de esa gran mixtificación política que se denomina «Unión Republicana» después de haberse llamado «Unión revolucionaria». Lo que se apellida *Unión* no es mas que una desdichada *coalición* tan impotente como las intentadas hasta ahora, por más que esta se haya engalanado con simpático nombre. La Unión verdad es la que apetece todo buen republicano, y por Unión verdad sólo se entiende: la fusión es un solo organismo de todos los republicanos españoles, previa disolución de los mal llamados partidos republicanos, que sólo son torpes engendros de la ambición egoísta,

criminales obstáculos contra el advenimiento y sólida implantación de la República en España.

Esto es lo que quiere la gran masa republicana y lo que, haciéndose eco del deseo del pueblo, se atreve á recomendaros vuestro servidor y correligionario

DOMINGO SÁNCHEZ YAGO.

Madrid, Febrero 11 del 96.

Barcelona (12 una noche)

Motin. Casino republicano comité centralista Unión tercero y cuarto distrito, felicitan campaña fusión. adhiriéndose:—Esteve, Samper, Camps, Borrás.

CIENCIA Y RELIGION

POR

MALVERT

con 85 grabados en el texto.

Precio 2 pesetas.—1 para los lectores de EL MOTIN

LA RELIGION

AL

ALCANCE DE TODOS

POR

R. H. DE IBARRETA

Hemos puesto á la venta la 24ª edición de esta obra incomparable.

Precio *dos pesetas*. A los suscriptores de EL MOTIN, como á los de todos los periódicos republicanos, se la daremos á *peseta*, más 25 céntimos para el certificado, entendiéndose directamente con esta administración.

Los de EL MOTIN que la quieran á cambio del Almanaque, sólo tienen que enviar *cincuenta céntimos* los de Madrid, y los de provincias *setenta y cinco*, por lo del certificado.

EL APOSTOLADO DE LA VERDAD

(Folletos de propaganda)

A 15 CENTIMOS

CRISTO EN EL VATICANO, (prosa y verso), por Víctor Hugo.

LOS REYES CON MOTE, por *El Motin*. Con láminas.

LA LEY NATURAL, por Volney, autor de *Las Ruinas de Palmira*.

LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO. Discurso del obispo Strossmayer.

JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.

LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MÓNITA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuitas.

LA LUJURIA DEL CLERO, sacada de los cánones de los Concilios, y de los escritos de Padres de la Iglesia.

LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por Un presbítero.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo *La Paz*, de Lieja.

CARTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.

CARTA DE TALLEYRAND al Papa Pío VII.

POESIAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por *El Motin*.

LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.

MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.

MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los Jesuitas, id., id.

CARTAS Á EUGENIA, (carta 1.ª) por Frère.

Ó CATALICISMO Ó DEMOCRACIA, por F. Laurent.

LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS del teólogo español, Zapata, dirigidas á una junta de doctores, por las cuales fué quemado en Valladolid en 1631, tomadas del ejemplar que se conserva en la Biblioteca de Brunswik.

EN PRENSA

CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CHITÓN, por D. Nicolás Díaz Pérez.

LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin (*Dom Jacobus*).

LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin (*Dom Jacobus*).

EL CULTO Y LAS OPINIONES RELIGIOSAS, por Dupuis, autor de la célebre obra *El origen de todos los cultos*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.